

## EL HOMBRE QUE CAMINABA SOBRE EL MAR

5º

Había una vez un pobre apicultor que vivía con su esposa junto al mar, cuidando sus abejas de la mañana a la noche, además de cuidar su pequeña granja.

Los dos envejecieron sin tener hijos; pero aunque ansiaban un niño, muy pocas veces estaban solos; porque, a pesar de ser tan pobres, nunca dejaban de atender a cualquier viajero que pasara por allí.

Una noche de invierno, cuando el viento aullaba y el mar golpeaba ferozmente la costa, llegó un viajero a su cabaña y lo recibieron. Era un hombre alto y extraño, con ojos que a veces parecían azules y a veces verdes; y cuando reía, su fuerte tono tenía el sonido del mar.

Aunque algo temerosos de él, hicieron todo lo posible para que el extraño huésped se sintiera cómodo y feliz; mataron el único buey joven que tenían para servir carne en la cena y abrieron el último pellejo de vino.

Esa noche, cedieron al huésped su única cama, y a la mañana siguiente, después de un desayuno de queso de cabra rociado con miel y vino tinto agrio, el viejo apicultor salió con él para acompañarlo parte del camino.

Cuando llegaron junto al mar, el extraño se volvió de pronto y preguntó al viejo:

-*"Anciano, ¿qué es lo que más deseas en el mundo?"*

-*"¡Ay de mí! Suspiró el anciano. Lo que más deseo jamás podrá ser mío. Si tan sólo tuviéramos un hijo, conoceríamos la felicidad completa".*

- *"Entonces, haz como te digo- contestó el extraño y lograrás tu deseo. Toma la piel del buey que mataste para mi cena de ayer, cóselo y llénalo con agua del mar del lugar donde yo pose el pie al despedirme de ti. Dásela a tu esposa y pídele que la coloque entre las cenizas tibias del hogar y que la guarde con todo cuidado. Ábrela dentro de nueve meses y tendrás lo que tu corazón desea".*

El apicultor quedó inmóvil, boquiabierto de sorpresa, pero el extraño se volvió y caminó hacia el mar. Se detuvo un momento en la orilla como si arrojara algo al agua, y después caminó sobre la superficie del mar como si fuera de hielo. A corta distancia de la tierra, surgió de la profundidad, una carroza tirada por caballos blancos; el extraño subió a ella y se volvió para despedirse. Por un momento el apicultor lo vio como a un gran rey, con una corona de oro en la cabellera oscura y un gran tridente del mismo metal en la mano en vez de cetro. Entonces la carroza se hundió en el mar y el agua se cerró suavemente sobre ella, como si allí no hubiera habido absolutamente nada.

Todavía boquiabierto de asombro, el apicultor corrió a su cabaña y contó a su esposa quién había sido su huésped y lo que le había dicho. Entonces se apresuraron a coser la piel del buey y la llevaron al borde del mar. En el lugar donde el extraño se había detenido antes de caminar sobre el agua, había una lagunita cuyas aguas no eran del mismo azul y verde del

mar, y de ella sacaron líquido suficiente para llenar la piel. Después cosieron su preciosa carga, la sellaron con cera, y la escondieron entre las cenizas tibias junto a la gran chimenea de piedra.

Cuando se cumplieron los nueve meses, la vieja pareja desenterró ansiosamente la piel, cortó las costuras ... y allí encontraron un niño recién nacido, que reía y agitaba las piernecitas, sano y feliz como ninguno.

Pasaron los años, y el niño se convirtió en un mancebo más alto, más fuerte y más gallardo que cualquier otro de las tierras vecinas. Lo llamaron Orión y se convirtió en un gran cazador cuyas flechas parecían no errar jamás el blanco, y cuyas lanzas llegaban al corazón de cualquier león u oso que lo atacara.

Orión era el único hombre en el mundo que tenía un don mágico, y era, el poder andar sobre el mar como si fuera tierra firme. Cuando llegó a hombre, y murieron el viejo apicultor y su esposa, Orión partió a buscar fortuna.

Se fue por el mar, caminando alegremente entre las olas, como si fueran las depresiones y los salientes de una planicie grande y cubierta de pastos, hasta que por fin llegó a una isla montañosa.

Allí el rey lo recibió con todo afecto y lo agasajó muy bien, pues pensaba que un hombre que podía caminar sobre el mar debía tener sangre de hadas. Pero cuando Orión se enamoró de la hermosa princesa, su hija, cambió la opinión que tenía de su huésped, y comenzó a buscar algún medio de librarse de él.

En aquella época, la isla estaba invadida por bestias salvajes que bajaban de las empinadas montañas centrales y moraban en los valles profundos y solitarios, matando a los habitantes de los pueblos. De modo que, cuando Orión pidió la mano de la princesa, el rey le replicó:

*-“Como no eres príncipe, debes probarme que eres digno de la mano de mi hija... que es una princesa”.*

*-¡Caramba! - Exclamó Orión- ¡Puedo caminar sobre el mar, y eso es mucho más de lo que cualquier príncipe puede hacer.*

*- Lo sé -dijo el rey- pero, perdona que te lo diga, ése es un don de las hadas, y no prueba nada de ti... salvo que eres un joven muy extraordinario. Debes probarme por algún acto de habilidad y valor que eres digno de ser mi yerno... Si fueras capaz de librar a la isla de todos esos leones, lobos y jabalíes feroces que se han convertido en una plaga, entonces podrías ganar la mano de mi hija.*

*-¡Eso es muy fácil!- exclamó Orión- La caza es mi mayor placer, y desde niño he tenido habilidad para manejar la lanza y el arco.*

Así fue como día tras días subió a las montañas, y noche tras noche, regresó al palacio con las pieles o las cabezas de los animales que había cazado. Y al cabo se presentó al rey y le dijo:

- *“Ya he limpiado tu isla de animales feroces. No encontrarás otro león, lobo u oso en ella. Ahora déjame casar con la princesa que amo”.*

Pero el rey no tenía intención de entregar su hija a un aventurero sin fortuna -aunque pudiera caminar sobre el mar- y le respondió:

- *Verdaderamente, has demostrado ser un poderoso cazador. Pero, ¿estás seguro de que ningún oso o león se esconde todavía en alguna madriguera de los valles más lejanos? Debemos aguardar un poco y comprobar que ninguno se ha salvado.*

Así fue postergando a Orión día tras día. A veces le decía que había tenido noticias de que se había visto un oso en el otro extremo de la isla, y Orión tenía que partir para buscarlo en vano. Otras veces era un lobo que había asustado a un chiquillo en una villa distante; y después que Orión había pasado días enteros buscándolo, el rey decía suavemente:

- *“Naturalmente, nunca se puede estar seguro con los niños. ¡Quizás esta vez no era más que un perro salvaje!*

Orión sintió crecer su inquietud y su enojo ante todas esas excusas y esas demoras. A veces, al regresar al palacio, bebía más vino del que le convenía.

Esto dio una idea al rey, y dispuso que algunos de sus compañeros más bebedores trabaran amistad con Orión y lo hicieran beber más cada noche, hasta que estuviera pronto para aceptar cualquier consejo.

Así lo hicieron, hasta que una noche, en que el vino había sido más fuerte que de costumbre, Orión, ante la sugerencia de sus falsos amigos, decidió no esperar más y raptar a la princesa en ese mismo momento.

Forzó las puertas de su aposento, y estaba a punto de tomarla en sus brazos, cuando el rey y sus guardias -quienes habían sido avisados- irrumpieron en el aposento y lo apresaron.

- *“¡Así es como agradeces mi hospitalidad! -gritó el rey-. Siempre pensé que no eras mejor que un ladrón, y esto prueba que tenía razón. Hay un solo castigo para seres como tú... Guardias, tomad esas antorchas encendidas y cegad a este villano. Después arrojadlo a la orilla del mar, donde un día lo encontramos... ¡Y que por el olfato encuentre su camino en el mar!”*

Cuando se cumplió esa cruel sentencia, y los guardias, después de una o dos burlas de despedida, lo abandonaron en la costa; Orión se sentó en la arena húmeda. Al principio, dolorido y desdichado deseó que el mar lo tragara, o que el rey lo hubiera matado. Pero mientras estaba allí, el día se volvió tarde una vez más y la serenidad de la noche se cerró a su alrededor; y aunque ya no podía ver, podía oír con más claridad que antes. A través del murmullo del mar, en el silencio nocturno, le llegó un suave y distante retintín, como de acero golpeando contra hierro.

Algo en aquel lejano sonido pareció despertar en él una débil esperanza. Por lo menos había un sonido, un sonido especial que llegaba de más allá del mar. *¿Qué sentido hubiera*

*tenido caminar sin rumbo para alejarse de la isla?* Pero en ese momento había algo hacia lo cual guiar sus pasos.

Al cabo, se levantó y caminó sobre el agua escuchando siempre aquel sonido distante para ir hasta él. Día y noche siguió su camino - pues el día y la noche eran lo mismo para él- hasta que por fin llegó a una gran isla en cuyo centro había un volcán.

En unas cuevas enormes que habían en la base del volcán, estaban trabajando gigantes con un solo ojo, que hundían y forjaban el hierro y el bronce. Era el ruido de sus martillos contra los yunques lo que Orión había oído y seguido a través del mar.

Los grandes herreros oscuros, que tenían un solo ojo en medio de la frente, recibieron al hombre extraño que podía caminar sobre el mar, lo alimentaron y lo cobijaron durante muchos días.

Al cabo de esos días, el jefe de los Herreros le dijo:

*-“Orión, tu ceguera puede ser curada, y yo te ayudaré para que vuelvas a ver. Todo lo que debes hacer es caminar sobre el mar hasta que llegues al mismo amanecer; y cuando el alba brille clara y fresca en tus ojos, verás nuevamente”.*

*-“Pero, ¿cómo voy a encontrar el camino hasta el Alba? -preguntó Orión-. El sonido de vuestros martillos me guio hasta aquí, pero el sol sale en silencio”.*

*-“Te prestaré un muchacho de mi forja para que te guíe -respondió el jefe de los herreros- y te conducirá hasta la misma fuente del día”.*

Una vez más, Orión partió sobre el mar, pero en esta ocasión llevaba sobre los hombros a un chiquillo que le indicaba el camino.

Al principio, Orión tuvo dificultades en seguir las instrucciones de su guía:

*-“Tus palabras no me dicen nada -decía desesperado- ¡Lo mismo entendería una estaca a una piedra!*

Pero no pasó mucho tiempo hasta que lograron entenderse bastante bien, y Orión siguió caminando sobre el mar hasta que llegaron al lugar misterioso donde el sol sube desde el océano.

*-“Allí, Orión aguardó ansiosamente, y cuando el Alba llegó, recibió en los ojos los primeros rayos de la mañana, y pudo abrirlos nuevamente; y la gloria del amanecer lo deslumbró, de modo que el sol ya estaba muy alto cuando se le aclaró la vista.*

Cuando pudo ver, Orión regresó por el mar hasta la isla donde trabajaban los gigantes de un solo ojo. Allí dejó al muchacho que lo había guiado y, después de agradecer al jefe de los herreros, se dirigió a la otra isla para castigar al rey que lo había cegado.

Pero el rey había mantenido una guardia en la costa desde que descubrió que Orión había abandonado su isla, de modo que cuando le dijeron que un hombre caminaba sobre el mar en aquella dirección, supo que debía ser Orión. Entonces se ocultó en un aposento subterráneo que había preparado; y estaba tan bien escondido que Orión no pudo encontrarlo y volvió al mar a buscarlo en otra isla.

Orión tampoco lo halló allí, y después de quedarse un tiempo, continuó sus viajes hasta que llegó a Grecia, donde fue de lugar en lugar cazando animales, con lo cual adquirió gran fama.

Pero al cabo del tiempo, se enorgulleció tanto de su habilidad que se jactó de que no dejaría una sola bestia salvaje viva, puesto que ninguna podía escapar de sus flechas. En cuanto pronunció esa vana amenaza, salió un escorpión de una grieta del suelo y lo atacó. Orión luchó con él, primero con flechas y después con su espada... pero no logró herir al escorpión con ninguna de ellas.

Por fin se vio obligado a huir para salvar la vida, y marchó rápidamente por el mar hasta otra parte de Grecia, en la esperanza de que el escorpión no lo seguiría. Allí estuvo a salvo cierto tiempo, y allí conoció a siete hermosas doncellas del país de las hadas y se enamoró de todas, pues lo hechizaron; y su único pensamiento era seguirlas a donde quiera que fuesen.

Las persiguió durante siete años, igual que a las bestias salvajes. Y durante siete años, ellas siempre estuvieron fuera de su alcance. Por fin las persiguió hasta una ensenada arenosa en la costa del mar, donde no parecía haber salida puesto que los acantilados eran muy altos y empinados.

- *¡Ahora os tengo!*"- gritó triunfante al correr hacia ellas.

Pero cuando estaba a punto de apresar a la más cercana, ella y todas sus hermanas se convirtieron en palomas y echaron a volar.

Orión se detuvo y las miró con desesperación. Y mientras estaba allí inmóvil, el escorpión, que lo había seguido por todas partes, surgió del mar detrás de él, y lo mordió, matándolo.

Pero las siete palomas subieron al cielo y se convirtieron en las siete estrellas llamadas las Pléyades, y Orión todavía las persigue en la noche; y todavía podemos ver al Escorpión que lo sigue.

Aportación: Colegio Waldorf Lima